

▲ «La esclava blanca», de Jean-Jules-Antoine Lecombe de nouy (1888). «El encantador de serpientes», de Jean-Leon Gerome. ►

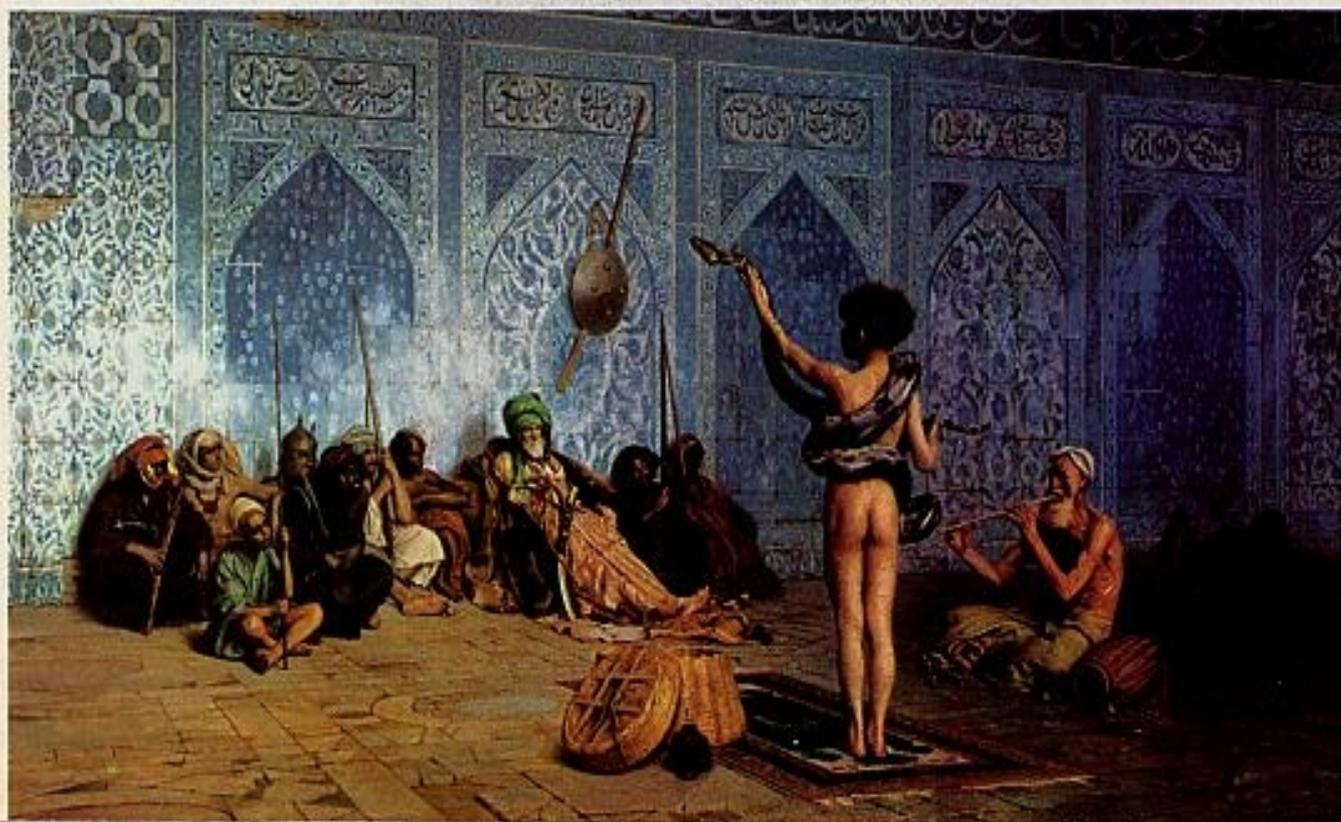
EL ORIENTALISMO UNA CREACION OCCIDENTAL

por IGNACIO RAMONET

EL Oriente no existe. Las ochenta mil obras (científicas, literarias) que lo describen en diversas lenguas europeas, desde el principio del siglo XIX, constituyen tan sólo un «fantasma orientalista», una manifestación singular del imperialismo cultural de Occidente. Tal es, al menos, la convicción de un universitario árabe de Nueva York, Edward Said, que en su libro *El Orientalismo* (París, Ed. Le Seuil, 1980) emprende el minucioso desmontaje del discurso occidental sobre el Islam y los árabes.

El Oriente árabe e islámico ha sido el único que ha presentado para Europa un desafío permanente en los planos político, intelectual y, en cierta época, económico. Para Europa,

el Islam ha constituido un trauma duradero. Durante mucho tiempo simbolizó el terror, la devastación, y la furia de las hordas salvajes aborrecidas. Hasta el final del siglo XVII, durante diez siglos pues, Europa se ha sentido amenazada por el Islam; primero en sus fronteras meridionales (España, Provenza, Sicilia) y luego, por el peligro otomano, en Europa central. Esa constante amenaza para la civilización cristiana acabó por incorporarse al tejido mismo de la vida cultural de Occidente, y no es de extrañar que, en contrapartida, el pensamiento occidental haya tratado, estos dos últimos siglos, de «digerir» simbólicamente, de domesticar gracias a su avance científico, ese miedo secular; estudiar el mundo árabe, comprenderlo, explicarlo, ocupar su mismo lugar (hablar en su lugar) con el fin de nunca más temerle, tal ha sido el objetivo de la «ciencia» orientalista.



EL ORIENTALISMO

Característica de la incompreensión ancestral hacia esta región es la manera con que el Occidente ha tratado de traducir lo «exótico» en términos caseros; por ejemplo, presentando al Islam como un negativo del cristianismo y haciendo creer que Mahoma ocupa en la religión musulmana un lugar simétrico al de Cristo en el cristianismo, de ahí su obstinación en calificar absurdamente al Islam de «mahometismo», y al profeta musulmán constantemente de «impostor». Ejemplos culturales abundan en los que el confucionismo sobre el Islam alcanza dimensiones extravagantes; ya en la *Canción de Rolando* se muestra a los musulmanes adorando a Mahoma como a un Dios vivo. Esta confusión fue tal que durante la Edad Media Juan De Segovia, en 1460, intentó organizar una «contraferentia», conferencia contradictoria entre doctores de la fe cristiana y sus homólogos musulmanes con el fin de convencer a estos últimos de que el Islam era una «versión equivocada del cristianismo» y obtener así, en bloque, la conversión a la «verdadera fe» de todos los musulmanes. Mahoma ha sido constantemente presentado como un falsario, un compendio de lubricidad, de estupro, de sodomía y de toda suerte de traiciones e imposturas. El poeta Dante le coloca en el último círculo del infierno condenado a ser hendido en canal, «de la coronilla al ano», incesantemente, hasta el fin de los tiempos «por haber sembrado el escándalo y el cisma».

Antes de ser abordado concretamente, Oriente aparece a los europeos como un escenario, una especie de teatro en donde se disponen todas las figuras culturales, todo el equipaje creativo que la imaginación europea ha inventado sobre esta región desde el medioevo: escenas del *Romancero del Cid* y de la *Canción de Rolando*, páginas de grandes escritores como Ariosto, Milton, Marlowe, El Taso, Shakespeare, Cervantes... hasta esa apoteosis de ambigüedad que es la primera traducción de *Las Mil y una Noches*, por Galland en el siglo XVII.

A partir del final del siglo XVII, Gran Bretaña y Francia dominan el Mediterráneo oriental; luego Egipto cae bajo dominación francesa hasta que las tropas británicas ocupan el territorio en 1882, pero los franceses conservan el Gobierno de Argelia que controlan desde la toma de Argel en 1830; esas circunstancias políticas explican por qué tantos franceses y británicos producen la mayor parte de los estudios orientalistas. Estos dos Estados son los que mayor interés (político, económico) tienen en comprender cómo funcionan esas sociedades orientales, con el propósito de

mejor penetrar en ellas, de mejor colonizarlas. De 1814 a 1915 el imperio colonial de Europa pasa del 35 por ciento de la superficie del globo, al 85 por ciento y alcanza a todos los continentes pero más particularmente África y Asia; no cabe duda que los estudios orientalistas favorecieron la rápida expansión de Francia y Gran Bretaña por todo el mundo árabe.

Concretamente, el saber moderno sobre el Oriente árabe (entendemos aquí el concepto «orientalismo» en su sentido más comúnmente admitido es decir que concierne sólo al Oriente arabizante y a África del Norte) nace de un acto de violencia: con la conquista militar de Egipto por Napoleón Bonaparte en 1798. El general francés se hace acompañar por docenas de sabios y eruditos (embarcados en la nave almirante llamada precisamente *Oriente*) y utiliza sus conocimientos sobre el Islam y los musulmanes para establecer fructuosos contactos y alianzas locales contra los turcos. Después de su victoria militar, los franceses establecen en Egipto una base de investigaciones sobre todos los aspectos de la vida (y del pasado) en ese país; se crea el Instituto Francés del Cairo que pronto empieza a publicar (de 1803 a 1828) los treinta y tres enormes tomos de la exhaustiva *Descripción de Egipto*.

A partir de entonces, los estudios de todo tipo sobre las sociedades del Levante mediterráneo (lengua, historia, costumbres, razas, artes...) se multiplican; las obras abundan, tanto en cantidad como en calidad erudita, desde la producción de los creadores de la «ciencia» como Silvestre de Sacy y Edward Williams Lane hasta Masignon, pasando por d'Herbelot, Williams Jones, Ernest Renan, William Muir, Geoffroy de Saint-Hilaire, etc., y hasta el propio Carlos Marx (que aprobó la «misión» de Gran Bretaña en la India porque así «se aniquilaba una vieja sociedad asiática y se establecían las bases materiales de la sociedad occidental en Asia» (1); los trabajos conjuntos de estos autores constituyen lo que se llama la ciencia orientalista.

El orientalismo es pues la disciplina mediante la cual el Oriente es sistemáticamente abordado con objeto de estudio, de investigación y de práctica. El poder de describir al Oriente con el lenguaje occidental pretende sacar esta región del reino de las

tinieblas silenciosas en las que yacía olvidada, y traerla a la claridad de la ciencia europea moderna. Oriente es reconstruido, recensablado, literalmente dado a luz gracias a los esfuerzos de los orientalistas. Estos parten del principio que los hombres, los lugares y las experiencias siempre pueden ser descritos en un libro, hasta tal punto que el libro (el texto) acababa por adquirir mayor autoridad práctica que la propia realidad descrita; de esa manera, el orientalismo domina al Oriente, en tanto que sistema de pensamiento sobre el Oriente; el orientalismo supone un Oriente constante: la propensión a dividir, subdividir y volver a dividir sus temas sin jamás modificar su opinión sobre el Oriente, objeto siempre idéntico, invariable, uniforme, radicalmente científico. El Oriente en sí acaba por ser menos importante que lo que de él decía el orientalismo.

Como se sabe, toda disciplina erudita es una técnica específica de poder; confiere al que la practica informaciones que tan sólo él posee y que, para los demás, se hallaban perdidas. Asimismo, el orientalismo es ese saber que permite enseñar a un oriental aquello que ignora: que él es un oriental. En ese sentido esta «ciencia» participa directamente del eurocentrismo característico de las ciencias humanas y sociales, y más particularmente de aquellas que tienen por objeto el estudio de los pueblos no europeos. El orientalismo resulta ser una especie de poder intelectual capaz de explicar el comportamiento de los orientales; de darles una mentalidad, una genealogía, una atmósfera; más aún, permite que los europeos traten a los orientales, y hasta les vean, como un fenómeno dotado de características regulares. El oriental deja entonces de ser un ser humano (el ser humano «normal» es, como se sabe, el europeo) y pasa a constituir una simple categoría de análisis.

De este modo, todo oriental es culpable de ser oriental ya que, según el saber europeo, el oriental es irracional, depravado, pueril, extraño. Un oriental vive en Oriente, lleva una vida de pereza oriental, en un ambiente de despotismo y de sensualidad orientales, lleno de dicho fatalismo oriental.

Muchos escritores importantes del siglo XIX se apasionaron por el orientalismo; y podemos considerar al orientalismo, también, como un género literario representado por obras de Byron, Goethe, Hugo, Flaubert, Nerval... Pero todas las creaciones literarias sobre el Oriente en un contexto político caracterizado por la dominación del mundo árabe, mantienen y refuerzan inevitablemente la

1. *Sur les Sociétés Pré-capitalistes*. Textes choisis de Marx, Engels et Lénine. Paris. Editions Sociales 1970. Pág. 178. (Este curioso argumento de Marx podría ser utilizado hoy, tal cual, para justificar la «misión» de la Unión Soviética en Afganistán.)

mitología confusa del Oriente misterioso, bárbaro y sensual.

Las obras de ficción y los relatos de viajeros han venido a confortar las divisiones establecidas por los eruditos orientalistas entre las diferentes categorías geográficas, temporales y raciales de Oriente; la participación de estos artistas en la edificación global del discurso orientalista es fundamental pues esas novelas, poesías y relatos se encargan de divulgar entre las clases cultas, y más generalmente entre la población educada, la idea de un Oriente arcaico y degenerado.

Para Chateaubriand, por ejemplo, el hombre oriental es como un lienzo deteriorado que necesita los esfuerzos de restauración de Europa; y, más o menos, lo mismo expresan las obras de Lamartine, Goethe, Victor Hugo, Kinglake, de Nerval, Burton, Flaubert, Walter Scott, Lord Byron, de Vigny, Disraeli, George Eliot, Gautier, Doughty, Barrés, Loti, T. E. Lawrence..., etcétera. Para todos estos escritores el Oriente es, además, un lugar en donde se puede buscar la experiencia sexual, la licencia, inaccesible en Europa; buscan a menudo una sexualidad de tipo diferente, quizá más libertina y menos cargada de pecado. Con el tiempo, la «sexualidad oriental» se convirtió en una mercancía tan normalizada que empezó a exportarse, y tanto escritores como lectores podían obtenerla sin necesidad de ir a Oriente. Durante el siglo XIX, en efecto, el orientalismo popular conoció un éxito considerable. Mucha gente soñaba con visitar, esas regiones «ricas, decadentes, sensuales y violentas». Thomas Cook inaugura, a partir de 1868, viajes organizados por Egipto y lleva a sus viajeros hasta Asuán; numerosos europeos se familiarizan así con la esfinge y las pirámides de Gizeh. La literatura romántica había estimulado este gusto por lo exótico y por las fantasmagorías orientales; los harenes de Byron, sus sultanas y sus crueles pachás se mezclaban en la imaginación con el gusto por los cuentos góticos, los idilios pseudo-medievales, las visiones de esplendor y la crueldad bárbara. Más tarde, en las obras de Delacroix y en los de docenas de pintores, el cuadro de tema oriental dio a esas representaciones una expresión visual y una vida propias. En la imaginación colectiva de la Europa pre-técnica del siglo XIX el adjetivo «orientalista» adquiere de ese modo una calidad camaleónica compuesta de sensualidad, promesas, terror, placer idílico, energía intensa, luz y color.

La pintura sobre todo se encarga de divulgar esa concepción caricatural del orientalismo (que en sí ya consti-

tuye una caricatura de Oriente). La obra matriz de la pintura orientalista es, sin duda, *La muerte de Sardanápalo* (1827) de Eugène Delacroix; la potencia despótica, la sangre, la sensualidad y la muerte violenta, ingredientes obligados de todo lienzo orientalista, se hallan traspuestos en formas suavemente onduladas y en colores profundos y ricos. Muchos pintores van a seguir la temática de Delacroix; algunos hasta se instalan en Oriente; por ejemplo, Decamps que vivió en Esmirna e influyó enormemente en la primera generación de pintores orientalistas; el propio Delacroix visitó Marruecos y Argelia en 1832; Fromentin vivió con una tribu beduina en el Sahara; Gérôme visitó todo el Oriente Medio en 1854; Ernst, Ludwig, Deutsch, Horace Vernet y Bauernfeind también residieron en Oriente, así como los británicos Lewis, Seddon, Goodall y William H. Hunt.

El mejor orientalista español fue Mariano Fortuny, que acompañó la expedición del general Prim en la conquista de Tetuán en 1859. Se entusiasmó con el color, la luminosidad y lo pintoresco de Marruecos; pintó moros jugando con halcones, encantadores de serpientes, fantasías, suplicios, etc., Fortuny inició a muchos pintores extranjeros en la pintura orientalista; él llevó a Regnault a Marruecos por primera vez, así como a los pintores italianos Stefano Ussi y Cesareo Bisco.

Todos estos pintores orientalistas trataron de plasmar en sus lienzos el calor tórrido, el sol cegador, los colores soberbios, el esplendor opulento de palacios y mezquitas, las calles pintorescas, los atuendos deslumbrantes y las bizarras costumbres del mundo musulmán. Pintan unos interiores exóticos y muy refinados, con azulejos decorados, puertas incrustadas, maderas marqueterías, celosías de sándalo, cofres con joyas, profundas alfombras, cerámicas, biombo... Los colores favoritos son luminosos: rojo granate, carmín, verde esmeralda y turquesa, azules espléndidos... Los motivos se repiten: escenas de harén, de tortura, de muerte...; los harenes, sobre todo (en los que ningún europeo, ni siquiera los pintores, había penetrado jamás) permiten expresar todo el mítico «misterio oriental», favorecen la introducción en el cuadro de desnudos excitantes para ilustrar «el velado encanto del erotismo oriental». El marco exótico permitía además representar escenas equívocas, la más célebre de las cuales es sin duda el *Encantador de Serpientes* de Gérôme, donde la pasión pedofílica se ve ilustrada por una escena en la que una serpiente se enrolla por el cuerpo desnudo de un joven. Tortura y

muerte (con pizcas de sadismo) sobre fondo de opulencia mágica, de belleza y de misterio también gustaban mucho.

Todos estos estudios y obras literarias o pictóricas orientalistas han inculcado profundamente en la cultura occidental una imagen desformada, discriminatoria, del hombre oriental. Aún hoy día, las comunicaciones de masas siguen usando los clisés orientalistas y describen a los árabes (el poder del petróleo les vuelve a conferir, según Occidente, un alto grado de peligrosidad) como seres corrompidos y disolutos, violentos y venales, y cuya riqueza inmerecida constituye una verdadera afrenta para la civilización (obviamente occidental). Edward Said al proponer un inventario de los procesos mediante los cuales los hombres de Oriente se convirtieron en «orientales», procede a una auténtica arqueología del actual racismo antiárabe. Su libro merece ser leído y meditado en España, primero porque nuestro país (y más concretamente Andalucía) ha sido frecuentemente asimilado al universo árabe y por lo tanto analizado por los orientalistas; segundo, porque una «ciencia» paralela al orientalismo, el hispanismo, ha descrito nuestra historia, nuestros pueblos, nuestras costumbres, con los mismos criterios arrogantes y despectivos (2). El trabajo de Said, debería prolongarse por un desmontaje semejante del discurso hispanista, de esa retórica pseudocientífica (esencialmente elaborada por franceses y británicos más algún que otro alemán) que durante siglo y medio de Napoleón a la guerra civil, encerró a los españoles en un tejido de definiciones intimidantes, reductoras y paralizantes, mientras el imperialismo franco-británico explotaba nuestra economía. ■ I. R.

2. Algunos restos de estos criterios se encuentran aún hoy en textos sorprendentes como, por ejemplo, en un reciente artículo de *Le Monde* sobre *Los Nuevos españoles* en el que Charles Vanhecke se refiere a «la célebre pereza de los españoles (...) herencia de los árabes»; en este mismo texto, hablando de las consecuencias de los embalses castellanos sobre el carácter de los españoles(!), el autor se pregunta: «¿Cómo no admitir, en efecto, que al pasar de lo seco a lo húmedo, las idiosincrasias —tan estimadas por los pueblos ibéricos— se modifiquen, que las asperezas se debiliten, las tensiones disminuyan, que haya quizá lugar para la tranquilidad y hasta la moderación?». Este insólito discurso (que se apoya en el racismo suave de la «psicología de los pueblos») procede directamente de la retórica «hispanista», o sea del orientalismo aplicado a España.